

## ALIMENTAR LA FE

Hna. Arantxa Jaca

Bien sabemos de la necesidad de alimentar nuestro cuerpo, y alimentarlo de manera adecuada; la importancia de cuidar y alimentar nuestras amistades, relaciones, encuentros...; no descuidamos prepararnos de una u otra manera para un acontecimiento u otro... A ningún corredor, por ejemplo, se le ocurre correr un maratón de 1.000 km. si su preparación física, psicológica y anímica es para 200 km; o ningún montañero se aventura a una escalada si no está bien preparado, incluso materialmente. Podríamos decir lo mismo de otros deportes o de otro tipo de trabajo. Somos conscientes de que no todo es igual.

A la vivencia de la fe le sucede otro tanto. En la primera reflexión decíamos que la puerta de la "entrada" de la fe se sitúa en el bautismo, comenzando así un camino que dura toda la vida y traspasa la muerte. Y es que para que nuestra fe sea viva y real hay que atravesar la puerta y caminar, no es suficiente que hayamos sido bautizados o quedarnos en la puerta. Algo de ello nos dirá parte del evangelio de este domingo, desde las palabras de Juan el Bautista: "Yo os bautizo con agua; pero viene el que... os bautizará con Espíritu Santo y fuego". Es decir, el bautismo recibido hay que hacerlo vida, tiene que ser parte de nuestra vida, tiene que darle sentido a nuestra vida, tiene que empujar nuestro caminar, le tiene que dar el color del amor... Por lo tanto, el regalo se nos ha dado pero cuidarlo, hacerlo crecer está en nuestras manos. Y eso requiere tiempo, dedicación, preparación, pero, como nos dice San Pablo, no para conseguir un trofeo que se puede marchitar, como puede ser el triunfo del deportista, sino para que nuestra vida sea expresión de ese Dios de Jesús que cuenta con nuestras manos, pies, ojos, manos... para seguir mostrándose, para seguir haciéndose presente de manera más concreta en el mundo de hoy y en cada lugar, y nuestra vida tenga sentido.

Por lo tanto, caminar también en la fe. Y para caminar, pararse y alimentarse bien, coger fuerzas y descansar. También en la fe. Y el momento, el alimento principal para nosotros, los cristianos, es la Eucaristía. Porque la Eucaristía es el encuentro y celebración con el Resucitado en comunidad; recordando que la fe no se vive individualmente sino con los demás, aunque la respuesta sea personal. Un encuentro y una celebración que no nos deja o, por lo menos, no nos debería dejar indiferentes porque es especial y único con Aquel que nos encontramos. La Eucaristía recoge ese alimento fundamental que necesitamos para caminar, para crecer, para ser y actuar como cristianos: la Palabra y el Cuerpo de Cristo.

En primer lugar, la Palabra. Y es que no podemos recorrer el camino si no tenemos una ruta marcada. Y nuestra ruta queda indicada y marcada en la Palabra de Dios, recogida en el libro de la Biblia, proclamada en la primera parte de la Eucaristía. Está indicada; así que nos toca conocerla, escucharla, acogerla, saber de ella... cada vez más y mejor. Y es que la ruta se va descubriendo; podemos tener detalles, más o menos información de lo que nos cuentan, pero no se conoce hasta que no se comienza a dar pasos, hasta que uno mismo no lo va probando y descubriendo. Y, en segundo lugar, el Cuerpo de Cristo. Y es que ese Cuerpo con el que nos alimentamos en la comunión nos dice que no solo hay que escuchar sino que hay que responder, que hay que ser de una manera concreta en la vida, con los demás, con uno mismo. Ese Cuerpo nos indica que, Dios, por amor a la humanidad y a la creación, quiso hacerse uno de nosotros y caminar con nosotros, pero que lo quiso hacer de una manera concreta: al estilo de Jesús. Por lo tanto, alimentarnos con el Cuerpo nos lleva a dar pasos de manera concreta en el camino de la vida tal y como nos indica la ruta de la Palabra.

Y, de todo esto, podemos concluir que alimentar nuestra fe supone: acoger o ser conscientes de este regalo; celebrarla en clima de oración personal y comunitaria, de una manera concreta, a la manera de la Eucaristía; y, responder a lo acogido, a lo celebrado, en mi entorno, y que lo podríamos llamarlo como actuar con caridad, con amor. Por lo tanto, alimentar la fe no es seguir fórmulas o ritos o costumbres, sino fortalecer la expresión de una vivencia con Aquel que lo seguimos sintiendo vivo entre nosotros, y que se nos hace presente en cada circunstancia, de manera muy especial en la

Eucaristía, como encuentro de oración y de vida, y que nos empuja a actuar con amor. Por eso, sería bueno preguntarme: ¿Necesito alimentar mi fe? ¿Cómo lo alimento? ¿Qué me falta?